

## **Christian Duverger, *Crónica de la eternidad. ¿Quién escribió la 'Historia verdadera de la conquista de la Nueva España'? ¿Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo?*<sup>1</sup>**

Alejandro González Acosta  
*Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM*

El mexicanista francés Christian Duverger ofrece una nueva obra dedicada a la historia nacional, mas en esta oportunidad tiene una marcada intención polémica. Su propuesta es novedosa, sin duda alguna, pero también arriesgada: ya muy entrado este siglo XXI, postular que la paternidad de un texto clásico considerado como *canónico* no sólo de la historia sino de la lengua castellana, no corresponde al autor a quien se le reconoce -un humilde soldado conquistador- sino al general que dirigió la Conquista es, por decir lo menos, inquietante.<sup>2</sup>

Sin embargo este tema de las *paternidades*, ya sean artísticas, históricas o literarias tiene antigua solera en tierras mexicanas: recordemos las “Informaciones de Montúfar” de 1556, que le reconocen la autoría del lienzo de la Virgen de Guadalupe al tlacuilo *indio* Marco Aquino Cipac y, más cercanamente, en 1969-70, la polémica entre Edmundo O’Gorman y Lino Gómez Canedo a propósito de si la *Historia de los indios de la Nueva España* era obra de fray Toribio de Benavente “Motolonía”. No se trata, pues, de algo nuevo en este *mexicano domicilio*.

---

<sup>1</sup> Duverger, Christian, *Crónica de la eternidad. ¿Quién escribió la 'Historia verdadera de la conquista de la Nueva España'?* México, Taurus, 2012. 335 + XII pp. ISBN: 978-607-11-2131-8

<sup>2</sup> De hecho, de inmediato despertó críticas negativas, como las de Ariel González Jiménez “La duda de Duverger”. *Milenio*, en tres partes: 23 de febrero, 2 de marzo y 9 de marzo de 2013), y Guillermo Serés, en *ABC* de Madrid, 21 de febrero de 2013.

Para impulsar adelante su propósito, Duverger emprende una pormenorizada investigación que lo ha llevado por distintos acervos y consultado una abundante bibliografía y documentación. No es, ni mucho menos, su primera obra dedicada a la historia del México del siglo XVI. Recuerdo, entre otras, *La conversión de los indios de la Nueva España*, que reseñé positivamente hace algunos años.

En esta ocasión divide su libro en dos partes y un epílogo. En la Primera Parte (“Los contornos del enigma”) recorre un amplio abanico de tópicos, entre acápites como “Una biografía minimalista”, “Los archivos de Bernal Díaz”, “Entre lagunas y mentiras: ¿una vida usurpada?”, “El caso Gómara” y “¿Una obra apócrifa?” La Segunda Parte (“La resolución del misterio”) transcurre entre los temas “Búsqueda de paternidad”, “Volver hacia una laguna biográfica: los últimos años de Cortés (1540-1547)”, “Cortés escritor. Valladolid: 1543-1546”, “La firma de Cortés en la *Historia verdadera*”, “La vida póstuma del manuscrito” y “La encarnación”. Añade lo que llama un “Epílogo imaginario” y culmina con una extensa relación de Notas, una amplia Bibliografía, unas útiles Referencias cronológicas, así como un Índice analítico-onomástico, los Agradecimientos de rigor y una Iconografía.

Debo reconocer que resulta en principio atractiva la propuesta de Duverger: lo novedoso atrae pero también debe concitar saludable cautela. En efecto, acumula bastante información, la analiza y ordena de acuerdo con su intención, y quizá logra sembrar una “duda razonable” muy cartesianamente en algunos lectores sobre la autoría consagrada de Bernal Díaz del Castillo para la *Historia verdadera*. Separadamente de nuestras convicciones y conceptos arraigados, deben considerarse *in principibus* y ponderarse sus propuestas y sugerencias, para un debate responsable, serio y académico del asunto, y no desecharlas con un simple gesto de desdén, porque a fin de cuentas, así es como avanzan las ciencias, cuestionando hoy lo que ayer era aceptado y estaba aparentemente ya establecido con indubitable solidez. Debe otorgársele, pues, el *beneficio de la duda*.

Sin embargo, lo atractivo de la propuesta tampoco debe encandilar y cegarnos: en realidad, lo saludable es leer críticamente el libro y considerar si son congruentes, demostrables y efectivas sus ideas para emitir un juicio razonado. El amor por “la novedad” tampoco debe inducirnos a encantamientos erróneos que nos precipiten por el barranco.

En este comentario me ceñiré sólo a unos pocos puntos que considero más relevantes, aunque no son todos los que pudiera y deseara considerar, lo cual sería tema para un estudio amplio que rebasaría la necesaria brevedad que pretendo ahora.

En efecto, me resultan en principio parcialmente convincentes las reflexiones de Duverger donde se cuestiona que un soldado al parecer sin ilustración pudiera gestar un documento no solo de formidable trascendencia como la *Historia...* sino con una factura que sitúa su prosa ruda y directa como modélica en las tempranas letras hispanoamericanas, de las cuales es una de sus obras fundacionales. Datos duros como la exigua muestra de documentos autógrafos de Díaz del Castillo, las variaciones sustantivas de sus firmas a través de la vida, la tardía añadidura “del Castillo” a su primer apellido y su anomia entre la relación de conquistadores son elementos con cierto peso para poder dudar plausiblemente que sea el mismo autor de la crónica.

No obstante lo anterior, el lector que resulta casi convencido en la primera parte del voluminoso estudio por la contundencia de algunos argumentos reunidos y expuestos, no transita con igual certidumbre por la segunda parte. Animado sin duda por un encomiable deseo de otorgar a la obra cuestionada y *desbautizada* otro autor, Duverger entrelaza noticias que resultan dispersas o contradictorias y en ocasiones carentes de sustento. Da por cierto, sin aportar pruebas, que Cortés contaba con un nutrido archivo personal donde *seguramente* –así lo afirma, sin añadir argumento alguno- estuvo el manuscrito original de la crónica. Por lo que sabemos, gran parte de la colección de documentos que reunió Cortés fue legada como una de sus disposiciones testamentarias al Hospital de Jesús que fundó, y allí se conservó hasta el gobierno del Presidente Venustiano Carranza, cuando el licenciado Aguirre Berlanga dispuso que los administradores del mismo procedieran a su entrega para depositarla en el Archivo General de la Nación, lo cual causó -tratándose de una institución benéfica privada regida por un patronato- que el heredero civil de Cortés, el Príncipe de Pignatelli, se opusiera desde Italia a través de sus apoderados contra dicha decisión, pleito que se resolvió favorablemente para el gobierno mexicano<sup>3</sup>, por lo cual aquella es la institución donde hoy se

---

<sup>3</sup> En esa época, el estudioso cortesiano español Valentín Gutiérrez Solana dedicó al tema dos artículos, aparecidos en el diario madrileño *ABC*: “El archivo de Hernán Cortés” (19 de junio de 1925, p. 25) y “Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno de Méjico” (9 de mayo de 1930, p. 11) y un folleto: *El archivo de Hernán Cortés. Discurso*. Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. 11 pp.

conserva<sup>4</sup>, y no hay huella de que el manuscrito supuesto por Duverger ni aún otros de carácter literario existieran en dicha colección, compuesta en su casi totalidad por documentos de carácter administrativo y jurídico<sup>5</sup>. Tampoco aparecen trazas de esa pieza en otro repositorio cortesiano, ubicado en Italia<sup>6</sup>. Del *enorme archivo de Cortés* que menciona Duverger no hay constancia alguna en la actualidad. La imagen que brinda tiene el atractivo de la fantasía, pero no está edificada sobre pruebas:

Si nos proyectamos en el gabinete de trabajo de Cortés en Valladolid, *imaginamos*<sup>7</sup> cajas y cajas de archivos, respiramos el olor vagamente salado de esos papeles salvados de viajes de altura, oímos la energía de la pluma que da ritmo a la memoria de una vida... (p. 176)

Duverger intenta, con una prosa grata y atractiva, elaborar lo que algunos podrían considerar como una *teoría conspiracionista* de la historia cortesiana. Así, pues, su libro tiene mucho de novela policíaca y política, y como tal puede asumirse, sin desdeñar por supuesto el auténtico debate académico que ayude a ventilar los aspectos controversiales.

También supone –y propone– Duverger, una estrecha y familiar relación entre Cortés y López de Gómara a quien no duda en calificar como “su capellán”, lo cual ofrece la oportunidad –“la ocasión”, se diría en términos criminalísticos– para que prácticamente el conquistador “le dicte” su Historia, mientras –haciendo uso de un desdoblamiento de la personalidad digno de *Las dos mitades del vizconde* de Italo Calvino<sup>8</sup>– escribe la suya propia –la cual vendría a ser la *Historia verdadera*– refutando aquella que directamente declaraba al “cronista”. Compleja, por no decir enfermiza, esa supuesta relación de una Penélope historiadora destejiendo en la noche lo que tejía en la mañana. Considerar la personalidad de Cortés, de una coherencia éticamente cuestionable pero psíquicamente innegable, en una suerte de duplicidad tipo Dr. Jekyll y Mr. Hyde resulta una propuesta

---

<sup>4</sup> Para la noticia del traslado, véase “Archivo de Hernán Cortés, su traslado al AGN. Patrimonio artístico. Departamento confidencial. Caja 040. Expediente 13, Folios 4” de Enero de 1930 en: *Guía del Fondo de la Secretaría de Gobernación*. Sección: Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, 1920-1952. Ficha 1175.

<sup>5</sup> Vid. AGN, *Inventario del Archivo del Hospital de Jesús*. ¿México? 19\_\_? 273 pp. Compilación de artículos aparecidos en varios números del *Boletín del AGN*.

<sup>6</sup> María Nieves Noriega B. y María Guadalupe Bosch M., *Guía del Archivo Pignatelli-Aragón-Cortés*. México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1985. 68 pp. (Archivo di Stato de Napoli).

<sup>7</sup> Cursiva mía.

<sup>8</sup> También se traduce como *El vizconde demediado*.

muy peregrina y difícil de aceptar. Por otro lado, la hipotética “relación” Hernán Cortés-Francisco López de Gómara que Duverger afirma, no tiene sustento histórico en absoluto. María del Carmen Martínez y Martínez así lo ha señalado -y le consta bien a Duverger, pues incluye su estudio en la bibliografía- con previo y suficiente apoyo documental: "...también se ha dado por supuesto el trato de López de Gómara con el conquistador, aunque sólo está probada documentalmente con su hijo Martín..."<sup>9</sup>

La misma autora derriba la creencia que suscribe Duverger (siguiendo dócilmente una declaración del propio cronista), que Gómara y Cortés se conocieron por primera vez, *visualmente*, durante la funesta campaña de Argel, pues al declarar bajo juramento como testigo en el pleito entre los marqueses del Valle de Oaxaca y Astorga en 1549, por cierto, mencionado por Duverger, dice “al dicho Marqués don Fernando Cortés que le conoce de diecinueve o veinte años a esta parte, ende que vino la primera vez de la Nueva España”, lo cual supone el cálculo de haber ocurrido entre 1529 y 1530, pues Cortés llegó a España a finales de 1528. Si conoce este testimonio, ¿por qué lo obvia el autor?

También prueba esta autora que, contrariamente a lo señalado por algunos autores -Duverger entre ellos- Gómara no fue capellán ni asalariado de Hernán Cortés. Y se remite a los estudios publicados tanto de Juan Miralles Ostos<sup>10</sup> como de Nora Edith Jiménez<sup>11</sup>, los cuales, aunque aparecen incluidos en la bibliografía del libro de Duverger, nos inclina a suponer que el estudioso francés no leyó o leyó mal.

Duverger, alumno de Jacques Soustelle y seguidor de George Bataille, ha demostrado ser un autor especialmente polémico. Bernard Grunberg, al comentar su relativamente reciente obra *Cortés*, anota que “estamos aquí no ante un libro de historia, sino de una obra de ficción”<sup>12</sup>, y poco después remata: "...desgraciadamente, Duverger reconstruye a menudo la historia basándose en su imaginación”.<sup>13</sup>

---

<sup>9</sup> MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ, María del Carmen, “Francisco López de Gómara y Hernán Cortés. Nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca”. *Anuario de Estudios Americanos*, 67, 1. Enero—Junio, 267-302. Sevilla, 2012.

<sup>10</sup> MIRALLES OSTOS, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*. México, Tusquets, 2001. Y del mismo autor: *Y Bernal mintió*. México, Taurus, 2008.

<sup>11</sup> JIMÉNEZ, Nora Edith, *Francisco López Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*. México, INAH-El Colegio de Michoacán, 2002.

<sup>12</sup> GRUNBERG, Bernard, “Christian Duverger y su libro sobre Cortés”. *Estudios de cultura náhuatl*, 2001. P. 524.

<sup>13</sup> Art. cit. Ídem. Se refiere a *Cortés* (París, Fayard, 2001; México, Taurus, 2005).

No ha sido la única crítica severa sobre Duverger. Louise I. Paradise, al comentar su obra sobre la cultura mesoamericana, advierte:

En réalité, même si l'ouvrage comporte des pages éclairantes sur les Azteques, de belles descriptions de l'art méso-américain et de très riches illustrations, la thèse centrale du livre, avancée sans l'ombre d'une preuve, et la réécriture de l'histoire de la Méso-Amérique á laquelle Duverger procède débouchent sur un problème d'éthique: les règles de l'argumentation et de l'expression scientifiques sont ici bel et bien *bafouées*. C'est grave.<sup>14</sup>

Hábil y apasionado prosista, innegablemente encantador y seductor, Duverger no logra sin embargo convencer, lo cual concitará junto con lo espinoso del tema, perturbación e irritación. Como apuntan varios especialistas, su libro no resiste la prueba de la argumentación.

Otro aspecto que descubre no sólo una información insuficiente y una parcialidad visceral –rasgos que no compatibilizan con la función de historiador y su misión suprema de buscar la verdad- es la superficial interpretación de Duverger sobre el virrey Antonio de Mendoza, a quien describe como “muerto de envidia” hacia Cortés (p. 24). El Virrey, de la ilustre casa de Mendoza (linaje cultivado si los había en la España de entonces, como que cuenta nada menos con el Marqués de Santillana entre muchos otros integrantes; su padre fue Conde de Tendilla y Marqués de Mondéjar), disfrutó una educación esmerada y por sus dotes y prendas fue Camarero del Emperador, pero ya desde el Reino de Granada asistió a su padre como gobernante y su ejecutoria personal es una de las más brillantes dentro de la administración imperial. Algunos historiadores hasta dicen que tuvo cierta inclinación juvenil por el movimiento de los comuneros castellanos, quienes cuestionaron el poder real, y a la luz de este dato no es para admirarse que el informe personal enviado por él al emperador siendo Virrey del Perú y ya sintiendo desfallecer sus fuerzas, sea considerado por ciertos estudiosos como “la primera declaración de independencia de América”. Fue, para decirlo en breve sentencia, un virrey de lujo. Y Duverger con notoria injusticia lo ofrece como un mediocre envidioso, casi piromaniaco. Anoto de Duverger: “...El virrey le robó [a Cortés] *manu*

---

<sup>14</sup> PARADISE, Louise I., *Journal de la Société des Américanistes*. p. 234.

*militari* cinco de sus barcos, para luego mandar incendiar sus astilleros en Tehuantepec que eran la promesa para la apertura asiática” (p. 131).

Desconoce también el escritor que para limar la posible aspereza entre los ilustres capitanes, y reconocerles a cada uno sus méritos y preeminencias, se tomaron diversas medidas conciliatorias y en especial en cuestiones de la etiqueta y el protocolo; se adoptó, por ejemplo, que en los actos públicos donde concurrieran ambos, se colocaran *dos mesas* para que cada uno de ellos ocupara la cabecera sin menoscabo de sus fueros<sup>15</sup>. Por otra parte, siempre en los escritos de la época que dan cuenta de estas celebraciones se les menciona escuetamente como “el Marqués” y “el Virrey”, otorgándoles una implícita equivalencia y talla ceremonial. Existía tal reconocimiento de la correspondencia de los rangos, que durante las justas de “moros y cristianos” efectuadas en Tlaxcala en 1539, durante la representación de “La conquista de Jerusalén”, a Hernán Cortés se le asignó el papel de “Sultán de Constantinopla”, mientras el Virrey Mendoza comandaba el destacamento de *mexicanos* y un noble de la grandeza española como Antonio de Pimentel, Conde de Benavente, el de los soldados iberos. Al finalizar se dispusieron tres mesas de honor en el banquete para que cada capitán ocupara la cabecera respectivamente<sup>16</sup>. Independientemente de que el virrey, cumpliendo a cabalidad la misión encargada por el rey, fuera un fiel defensor de los intereses de la Corona, no obstante también fue cuidadoso de las formas y los modos en su relación con el capitán general Cortés.

Entre las muchas y buenas obras del gobierno de Mendoza, como representante nombrado por el monarca para establecer una eficiente administración firmemente sujeta a la Corona española, que hablan de su condición de político y humanista, se cuentan la introducción del gusano de seda y las moreras en Michoacán, el establecimiento de la imprenta, la creación de la Casa de Moneda y la gestión para crear la Universidad. La cultura humanista de Mendoza quedó suficientemente probada con el aporte sustantivo que realizó Guillermo Tovar de Teresa en su imprescindible libro *La Ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*<sup>17</sup>, donde entre otros señalados valores, incluye el hallazgo y comentario de un ejemplar del

---

<sup>15</sup> Llama la atención que no mencione esto Duverger cuando reseña el banquete ofrecido por ambos para celebrar el Tratado de Aigues-Mortes (p. 181).

<sup>16</sup> Así lo relata fray Toribio de Benavente (“Motolinía”) en su *Historia de los indios de la Nueva España*.

<sup>17</sup> Guillermo Tovar de Teresa, *La Ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*. México, Espejo de Obsidiana, 1987. Presentación de Silvio Zavala. En realidad, la noticia del hallazgo la ofreció seis años antes: *Pintura y escultura del Renacimiento en México*. México, INAH, 1981. pp. 18 y 38-39.

*Tratado de arquitectura* (París, 1512) de León Battista Alberti, anotado en junio de 1539 por propia mano del virrey, que muy probablemente le sirvió para fijar la traza de la Nueva Valladolid, hoy Morelia. No se compadecen estos rasgos y hechos con la imagen de un ser oscuro, mediocre y envidioso, según expone Duverger. Tan excelente fue su gobierno y tan bien servido quedó Carlos V de su antiguo camarero, que después de la Nueva España lo nombró virrey del Perú, lo cual en esa época significaba una sustantiva promoción.

Existen en esta obra pasajes salvables y los cuales resultan a mi modo de entender novedosos e interesantes, como lo que llamo el comentario de *la conexión navarra* y la etapa, ciertamente poco estudiada por otros investigadores, de la estancia de Cortés en Valladolid y Castilleja. En la investigación histórica siempre podrán encontrarse rincones poco explorados y sucesos olvidados para rescatar, como auténticos valores que dignifican una obra, sin necesidad de acudir a la especulación, la estridencia, y una obsesiva propensión *pour épater* que nada aporta y sí mucho le restan credibilidad y solvencia.

Es bueno que un investigador ame su tema, pero ya no lo es tanto cuando ese amor le nubla la vista. Debo señalar que aparte de lo ya señalado por mí y otros comentaristas del texto, puede al menos salvarse algo positivo del libro: obra esencialmente polémica –por su forma y su contenido– despertará juicios diversos y dispares, pero a la larga habrá de reconocerle el mérito de que probablemente propiciará que muchos “curiosos lectores” visiten nuevamente ese gran monumento literario que es la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, así como otras obras similares, lo cual estimulará la lectura y el interés por la historia nacional. Con que esto se cumpla, como lo deseo, ya tiene mérito el trabajo de Duverger, aunque esta propuesta resulte lamentablemente fallida.